

La entrevista que cambió la historia

Hace 100 años, el periodista James Creelman entrevistó al presidente Porfirio Díaz. El general llevaba 27 años en el cargo y, por primera vez, aceptó que los mexicanos ya estaban preparados “para escoger y cambiar de gobernantes en cada elección, sin el peligro de revoluciones armadas”. Esas declaraciones cambiaron el curso de la historia, porque Díaz planteaba su deseo de abandonar el poder en las siguientes elecciones de 1910. En el país se generó un ánimo a favor de un cambio de régimen por la vía pacífica. Pero Díaz, como se sabe, volvió a postularse a una nueva reelección contra Francisco I. Madero, a quien derrotó mediante un gran fraude electoral. Madero lanzaría después el Plan de San Luis, para dar inicio a la primera etapa de la Revolución Mexicana, que culminó con los Tratados de Paz de Ciudad Juárez, el 21 de mayo de 1911. En los acuerdos se aceptaba la renuncia de Porfirio Díaz, quien permaneció 30 años en el poder. La entrevista se publicó en marzo de 1908 en el número 3 de *Pearson's Magazine*, en Estados Unidos, y de la cual reproducimos un fragmento. **TEXTO: JAMES CREELMAN**





Photographed by Perry Cox, Mexico

THE MEETING OF TWO CIVILIZATIONS IN MEXICO TO-DAY

PRESIDENT DIAZ

Hero of the Americas

By JAMES CREELMAN

In this remarkable article the greatest man of the continent speaks fully to the world through Pearson's Magazine. By previous arrangement Mr. Creelman went to Mexico and was received at Chapultepec Castle. He had unusual opportunities for conversation with President Diaz and has brought out with great clearness the dramatic and impressive contrast between his stern, autocratic government and his stirring tribute to the democratic idea. Through Mr. Creelman the President announces his unchangeable intention to retire from power, and predicts a peaceful future for Mexico under free institutions. The story of a nation-makes.—EDITOR.



FROM the heights of Chapultepec Castle President Diaz looked down upon the venerable capital of his country, spread out on a vast plain, with a ring of mountains flung grandly about it, and who had come nearly four thousand miles from New York to see the master and h

Copyright, 1908, by The Pearson

of modern Mexico—the inscrutable leader in whose veins is blended the blood of the primitive Mixtecs with that of the invading Spaniards—watched the slender, erect form, the strong, soldierly head and commanding, but sensitive, countenance with an interest



FOTO: CORBIS

Apertura de la entrevista en *Pearson's Magazine* y el periodista James Creelman.

En este notable artículo, el hombre más grandioso del continente habla abiertamente al mundo a través de la revista Pearson. Por medio de un arreglo previo el Sr. James Creelman fue recibido en el Castillo de Chapultepec y tuvo oportunidades extraordinarias de conversar con el presidente Díaz y sacar a la luz con gran claridad el dramático e impresionante contraste entre su gobierno severo y autocrático, y su tributo alentador a la idea democrática. A través del señor Creelman el presidente anuncia su inalterable decisión de retirarse del poder y predice un futuro pacífico para México bajo instituciones libres. La historia de quien construyó una nación.

Desde lo alto del Castillo de Chapultepec, el presidente Díaz observó la venerable capital de su país, extendida sobre una vasta planicie rodeada por un anillo de montañas que se elevan magníficamente sobre ella. Y yo, que viajé casi seis mil kilómetros desde Nueva York para ver al líder y héroe del México moderno, al líder inescrutable que lleva en sus venas la mezcla de la sangre de los antiguos mixtecos y la de los invasores españoles, observé la figura esbelta y erguida; el rostro fuerte y marcial, pero sensible. Un semblante que va más allá de lo que se puede expresar con palabras.

Una frente amplia que se eleva hasta su cabello blanco y rizado, el cual sobresale por encima de unos ojos cafés que penetran en el alma, suavizados por una bondad inexpressable y que después lanzan miradas de reojo —ojos terribles, ojos amenazadores, ojos amorosos, confiados, alegres— una nariz recta, ancha, fuerte y un tanto carnosa, cuyas fosas se elevan y se dilatan con cada emoción.

Una mandíbula grande y varonil que desciende desde las orejas finas, delgadas y pegadas a la cabeza; una barbilla cuadrada y tremenda;

una boca grande y firme rodeada por un bigote blanco; un cuello corto y musculoso; unos hombros anchos y un pecho profundo; un porte tenso y rígido que distingue la personalidad y sugiere poder y dignidad.

Ese es Porfirio Díaz a sus 78 años, como yo lo vi hace unas semanas en ese lugar donde, hace 40 años, se paró con su ejército sitiador rodeando la Ciudad de México, mientras el joven emperador Maximiliano era asesinado en Querétaro —tras las montañas azules del norte— esperando seriamente el emocionante final de la última interferencia de la monarquía europea en las repúblicas de América.

Es ese algo intenso y magnético en los ojos bien abiertos, oscuros y sin miedo, y el sentido nervioso de desafío en las sensibles fosas nasales, lo que conecta al hombre con la inmensidad del paisaje como una fuerza elemental.

No hay una figura más romántica ni heroica en todo el mundo que sea observada más intensamente por amigos y enemigos de la democracia, que este soldado y hombre de Estado, cuya juventud aventurera palidece las páginas de (Alejandro) Dumas y cuyo gobierno de hierro ha convertido a las masas guerreras, ignorantes, supersticiosas y pobres de México, oprimidas durante siglos por la crueldad y avaricia de los españoles, en una nación fuerte, pacífica y equilibrada que progresa y paga sus deudas.

Ha gobernado la República Mexicana durante 27 años con una energía tal que las elecciones se han convertido en meras formalidades; pudo haberse colocado fácilmente una corona sobre la cabeza.

Aún hoy en día, en el punto más alto de su carrera, este asombroso hombre —figura prominente del hemisferio americano y misterio indescifrable para quienes estudian el gobierno humano— enuncia que insistirá en retirarse de la presidencia al final del presente mandato, para que pueda ver a su sucesor establecido de manera pacífica y que, con su ayuda, el pueblo de la República Mexicana pueda mostrar al mundo que ha entrado preparado y sereno a la última etapa de su libertad, que la nación está superando la ignorancia y la pasión de la revolución, y que es capaz de cambiar y elegir presidentes sin debilidad o guerra.

Es increíble salir de Wall Street y su locura por el dinero y, en la misma semana, estar en las rocas de Chapultepec, rodeado de una belleza casi irreal en su grandeza, junto a quien es considerado el que cambió una república en una autocracia por la absoluta compulsión de carácter y valor, y escucharlo

hablar de la democracia como si fuera la esperanza y la salvación de la humanidad. Esto, mientras que el alma norteamericana tiene miedo y se estremece con la idea de tener un mismo presidente durante tres elecciones seguidas.

“Puedo dejar la Presidencia”

El presidente observó la majestuosa escena, llena de luz, a los pies del antiguo castillo y se fue sonriendo. Al pasar rozó una cortina de flores escarlata y una enredadera de geranios color rosa brillante, mientras se dirigía por la terraza al jardín interior en el que brota una fuente entre palmas y flores, salpicando con agua del manantial del que bebía Moctezuma, bajo los impresionantes cipreses que aún levantan sus ramas sobre la roca en la que nos detuvimos.

“Es un error suponer que el futuro de la democracia en México se ha puesto en peligro debido a la larga estancia en el poder de un solo presidente”, dice en voz baja. “Puedo decir con sinceridad que el poder no ha corrompido mis ideales políticos y que creo que la democracia es el único principio justo y verdadero del gobierno, aunque en la práctica es posible sólo para pueblos altamente desarrollados”.

Por un momento, la erguida figura hace una pausa y los ojos cafés observan el gran valle hasta donde el

Popocatepetl, cubierto de nieve, levanta su cono volcánico de casi 18,000 pies entre las nubes y junto a los cráteres blancos del Iztaccíhuatl, una tierra de volcanes muertos, los humanos y los geológicos.

“Puedo dejar la Presidencia de México sin ningún remordimiento, pero lo que no puedo hacer es dejar de servir a este país mientras viva”, agregó.

El sol daba con fuerza en su cara, pero sus ojos no se cerraron, resistieron la dura prueba. El verde paisaje, la ciudad humeante, el tumulto azul de las montañas, el suave aire perfumado, parecían conmovérselo y sus mejillas se sonrojaron, mientras mantenía la cabeza levantada y las manos cruzadas por detrás. Sus fosas nasales se abrieron.

“¿Sabe que en los Estados Unidos tenemos problemas para elegir a un presidente durante tres mandatos?”.

Sonrió y miró gravemente asintiendo con la cabeza suavemente y apretando los labios. Es difícil describir la mirada de interés concentrado que apareció repentinamente en su rostro. “Sí, sí, lo sé”, contestó. “Es un sentimiento natural en los pueblos democráticos el cambiar a menudo a sus gobernantes. Estoy de acuerdo con ese sentimiento”.

Era difícil darme cuenta de que estaba escuchando a un soldado que había gobernado una república

Contra los monopolios

“En mi opinión —dice Porfirio Díaz a James Creelman—, la lucha puede restringir la fuerza de los monopolios, y evitar que opriman al pueblo de Estados Unidos marca uno de los periodos más importantes y significativos de nuestra historia. El señor Roosevelt ha enfrentado la crisis como un gran hombre”.

“Sin duda, es un hombre puro, fuerte, un patriota que ama a su país y lo entiende. Ese temor de los estadounidenses por un tercer mandato con él al frente del gobierno, me parece completamente injustificado. No puede haber, de ninguna manera, cuestión de principio en este asunto, si la mayor parte del pueblo de Estados Unidos aprueba su política y desea que continúe con su trabajo. Este es el punto real y vital, el hecho de que la mayor parte del pueblo lo necesita y pide que sea él quien siga en el poder”.

“He esperado con paciencia el día en que el pueblo se prepare para escoger y cambiar de gobernantes...”

continuamente durante un cuarto de siglo con una autoridad personal desconocida para la mayoría de los reyes.

Aún así, habló de una manera simple y convincente, como alguien cuyo lugar es grande y seguro más allá de la hipocresía.

“Es verdad que cuando un hombre ha ocupado un cargo poderoso durante mucho tiempo es probable que empiece a verlo como su propiedad personal y está bien que un pueblo libre se guarde de las tendencias perniciosas de la ambición personal.

“Sin embargo, las teorías abstractas de la democracia y la efectiva aplicación práctica son en ocasiones, por su naturaleza propia, distintas. Es decir, cuando se busca más la sustancia que la simple forma”.

“No veo una razón realmente buena por la que el presidente Roosevelt no deba ser reelegido si la mayor parte del pueblo estadounidense quiere que siga en la Presidencia. Creo que él ha pensado más en el país que en él mismo. Ha hecho –y sigue haciendo– un gran trabajo por los Estados Unidos un trabajo que repercutirá, se reeija o no, en que pase a la historia como uno de los grandes presidentes. Observo los monopolios como un gran poder real en Estados Unidos, y el presidente Roosevelt ha tenido el patriotismo y el valor de desafiarlos. La humanidad comprende el significado de su actitud y su proyección en un futuro. Se levanta frente al mundo como un hombre cuyas historias han sido victorias morales”.

“Ese día ha llegado”

“Aquí en México nos hemos encontrado en condiciones diferentes. Recibí este gobierno de manos del ejército victorioso, en un momento en que el país estaba

dividido y el pueblo no estaba preparado para llevar a cabo los principios supremos del gobierno democrático. Lanzar de pronto a las masas la responsabilidad total del gobierno, habría producido resultados que podrían haber desacreditado completamente la causa del gobierno libre”.

“No obstante, aunque yo obtuve el poder principalmente por el ejército, se llevó a cabo una elección en cuanto fue posible y ya entonces mi autoridad surgió del pueblo. He intentado dejar la presidencia en muchas, diferentes ocasiones, pero pesa demasiado y he tenido que permanecer en ella por la salud del pueblo que confió en mí. El hecho de que los valores de los mexicanos se redujeran bruscamente once puntos durante los días en que una enfermedad me forzó a recluirme en Cuernavaca, señala la clase de prueba que me llevó a recuperarme, a mi inclinación personal de retirarme a la vida privada”.

“Hemos conservado la forma republicana y democrática del gobierno. Hemos defendido y mantenido intacta la teoría, sin embargo, también hemos adoptado una política patriarcal en la administración actual sobre asuntos del país, guiando y restringiendo las tendencias del pueblo, con ciega fe en la idea de que una paz forzada permitirá la educación, y el desarrollo de la industria y el comercio, lo cuales serán los elementos de estabilización y unión entre las personas inteligentes, afectuosas y dóciles.

“He esperado con paciencia el día en que el pueblo de la República Mexicana se prepare para escoger y cambiar de gobernantes en cada elección, sin el peligro de revoluciones armadas, sin lastimar el crédito nacional y sin interferir con el progreso del país. Creo que ese día ha llegado finalmente”.

“Es una creencia general que no es posible para las instituciones realmente democráticas nacer y subsistir en un país sin clase media”, sugerí.

El presidente Díaz volteó hacia mí, me lanzó una mirada penetrante y movió la cabeza al contestar:

“Es verdad”, dijo Porfirio Díaz, “en México ahora hay una clase media, pero no la había anteriormente. La clase media es aquí, como en todas partes, la parte activa de la sociedad”.

Ya hay clase media

“Los ricos se preocupan demasiado por sus propias riquezas y dignidades para poder ser de utilidad inmediata para el progreso y el bienestar general. A decir verdad, sus hijos no tratan de mejorar su educación ni su carácter. Pero, por otro lado, los pobres al mismo tiempo son tan ignorantes que no tienen poder alguno”.

“Es por eso que a la clase media, que salió en su mayoría de la pobre, pero también de alguna manera de la rica, una clase media que es activa, trabajadora, que mejora a cada paso y en la que debe confiar una democracia y descansar para progresar, es a la que le interesa principalmente la política y el mejoramiento general”.

“Antes no teníamos una clase media verdadera en México, porque la conciencia y la energía del pueblo estaba absorbida por completo por la política y la guerra. La tiranía de los españoles y el mal gobierno habían sido abandonadas por las continuas luchas. Había una confusión general, no había garantías para la vida o para la propiedad y era lógico que no podía emerger una clase media bajo estas circunstancias”.

- TRADUCCIÓN DE PAOLA CERVANTES